

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

CAMPO DE BATALLA

El soldado Stone quitó la vista del papel y apuntó con los ojos entrecerrados al horizonte, al destino. Y de tomarse un descanso, volvió al pensamiento de la tarde: el sol les pegaba de frente y eso podría jugarles en contra.

Se volvió a la carta, la dobló en cuatro y se la guardó en el bolsillo.

- Notaste este detalle? – dijo apuntando al sol con su escopeta. – Va a ser difícil apuntar.

- Me importa una mierda! – sentenció De Palma, y lanzó una grosera carcajada a las narices de su compañero. Luego se echó un trago de aquella petaca de whisky, la que constantemente abría y cerraba durante todo el viaje hacia el maldito desembarco.

Era principios del Siglo XX, y en Tammerlane se desataba una guerra interna que competía a todos los partidos políticos, llevándolos a los extremos de armamentísticos. Todo por una disputa de alcohol y dinero.

Tan sólo cinco meses después de la lucha en tiroteos y explosivos en las calles, se tomó una respectiva ubicación en el diagrama del Pueblo, y desde ahí intentar vencer al ejército enemigo.

Y es ahí donde encaja nuestro amigo, el soldado Oliver Stone...

- A mí sí me importa! – dijo quejoso.

Se llevó la mano al bolsillo, quizás por un acto reflejo que denotaba incomodidad, o quizás porque ahí mismo, en ese bolsillo, estaba la razón por la cual le preocupaba su supervivencia.

- Acabo de escribir una carta... - intentó explicarse.

- Y – a – mí – me importa una mierrrda! – y echó el obvio trago. – Por si no lo sabías, de una forma u otra, con sol o sin sol, nos vamos a morir!... Y la reputa madre que te parió!!! – gritó con más fuerza – Dejame pensar en otra cosa menos en eso! Lo que menos quiero es que me jodan la cabeza con que nos vamos a morir, mierdaaa!

Algunos soldados que viajaban en la lancha hacia la isla del Lago Tammerlane, se voltearon para observar a De Palma.

- Qué pasa ahí?! – ejecutó de un grito el Capitán Kubrick. – Quién está hablando? – y rebuscó con la cabeza entre el tumulto de efectivos.

- Lo que pasa que este hijo de puta me quiere sacar tema con que nos vamos a morir porque el sol está de frente! – se quejó el demente personaje, esta vez sin echar tragos, debido a que el Capitán había jurado meter los envases en los culos de quien beba alcohol.

- El soldado tiene razón! El sol está de frente, y eso nos juega en contra para cuando desembarquemos y tratemos alcanzar las trincheras.

- A lo que voy es que ya sabemos que nos van a cagar a tiros! Esos putos de mierrda tienen mucha más artillería que nosotros!! – se explayó De Palma, esta vez con un tono más duro. - Yo quiero mirar el paisaje, los pajaritos, si un pescado se asoma del agua... - dijo señalando hacia el cielo y la gris y torrencial tormenta que picaba el Lago.

- Usted está bebido? – se atajó el Capitán.

Enseguida, todos recordaron la clásica petaca de De Palma, por sobre todo, la norma de Kubrick.

- Sí. Sí. Sí. – y se puso de pie arrebatadamente, sacando la petaca de sus ropas, para echarle un trago. Luego se acomodó, se enderezó, y ante los boquiabiertos y sumisos soldaditos, escupió la oración dorada: - Capitán Kubrick: váyase a la mierda!

Un silencio. Las aguas parecieren congelarse, las aves parecieren callaron, los tiros lejanos parecieren cesar.

- Qué es fue lo que dijo? – preguntó el jefe, completamente extrañado.

- Que se v...

Y fue en ese preciso instante que se oyó el zumbido de una bala, la cual penetró la espalda e hizo estallar el tórax de Kubrick.

Todos se agitaron.

Stone llevó su mano a la carta del bolsillo y pensó en ellas. Luego se acomodó el casco.

- Si quiero sobrevivir, tengo que diagramar, calcular, ejecutar! – se dijo - No tengo que pensar en lo más mínimo. Si pienso, muero. – ahora, una nueva bala atravesó el pecho de De Palma, el cual seguía de pie, bebiendo tras el evento del Capitán. – Si me dejo llevar por la idea que todo está perdido, también muero.

Tan sólo debía apuntar y disparar. Era frío, matemático, con sus cuadrantes únicos que lo llevarían a la supervivencia, con su perfecta lógica de cada punto para sortear los objetivos y llegar a la final.

La final eran ellas.

- Prepárense. Estamos por abordar! – grito el joven soldado, desde las venas, desde la sangre. Ninguno de todos aquellos pobre adolescentes y muchachos tenía fe en ganar la partida, pero la repentina seguridad de Stone los puso de nuevo en el objetivo.

La lancha, como tantas otras lanchas en paralelo, ganó terreno en la playa, y llegó la hora de saltar.

- Todos a tierra! Todos a tierra! Ocúpense de la trinchera ya mismo! – dictó Oliver Stone, y todos obedecieron.

Las botas aterrizaron y se clavaron en la arena dulce de la isla de Tammerlane. Inmediatamente, se lanzaron a batalla.

Los músculos se estiraron, los hilos de los uniformes se crisparon, los sudores se mezclaron con más lluvia, y los ojos de todos se pusieron en combinación con las miras de sus armas.

Y los disparos cruzados. Los interminables disparos.

Una bala alcanzó a uno, a otro, a otro. Los soldados de las siete lanchas recién arribadas comenzaron a caer por doquier. Rato antes, habían caído dos tandas de embarcaciones.

Stone mantuvo la carta en su mente mientras avanzó para vencer. Si bien odiaba matar a otro como él (pensaba que era una estúpida guerra), el vencer al enemigo se había convertido en sinónimo de regreso a casa, a ellas, y a que nadie jamás iba a poder separarlos.

Disparó. Una y otra y otra vez. Hasta se animó a una granada, pero ésta no llegó muy lejos. Y corrió hacia delante, hacia la meta, hacia aquel hijo de puta escondido en la trinchera, con aquella gran metralleta que barría con todos.

Más soldados siguieron cayendo.

Repentinamente, una bala impactó en la rodilla de Stone, y éste cayó de boca. Estuvo a punto de perder el conocimiento, pero una fuerza interna lo llevó a alzar la vista, al ras de la arena. A pesar del dolor, siguió dentro de la batalla.

Tenía suerte: el enemigo no se había percatado que aún vivía, y ahora continuaba disparando los soldados restantes. Entonces se encontró con el dilema que si quería sobrevivir a la lluvia de balas, y a no perder la pierna por una gangrena, sus aliados debían derribar de la forma que fuese aquel gusano parapetado. Lamentablemente ya no dependía del aporte de su arma. Si salía del anonimato, lo más probable era que muera bañado en plomo.

Pero los soldados seguían cayendo.

Stone tragó saliva, y hasta estuvo a punto de alcanzar la carta con la mano. Pero se contuvo. Tenía que seguir aguantando, mientras elaboraba alguna estrategia que lo saque de allí.

Miró a un lado, a otro. De lejos se oía la llegada de una nueva embarcación.

Pero, por qué mierda no moría aquel maldito, el cual no paraba de disparar? Por qué no se le agotaban las balas, por que no se le acalambraba el dedo con el que gatillaba. Todavía tenía paciencia? Después de tanta masacre, no tendría que haberse vuelto loco?

- Es hora de actuar. Si quiero volver a verlas, si quiero volver a abrazarlas y a besarlas,... tengo que vencerlo, tengo que derribarlo. Ubicar su cabeza detrás de la trinchera, esa cabeza que apenas veo, y matarlo... Matarlo de una buena vez.

Respiró profundamente.

Su última jugada.

Se acomodó, puso la escopeta en posición, muy lentamente, y apuntó.

A lo lejos, un poco de aquel rostro. Si el arma estaba bien calibrada, el enemigo caería.

- Cuidado, pelotudo! Disparale al que está ahí! – dijo un niño a su amigo.

Era 1987, y ambos estaban pasando la tarde en un salón de video juegos, jugando de a monedas de 25 centavos en aquel maravilloso juego de guerra, la novedad del momento. Detrás de ellos, otros tantos niños seguían la

batalla del jugador de turno enfrentando a los soldados que desembarcaban en la virtual isla de Tammerlane.

- Dónde...? – le preguntó a su amigo, tratando de encontrar la amenaza.

- Ahí! – y el dedo del chico apuntó a un Stone pixelado, con su enemigo en la mira.

Cuando la bala atravesó la pantalla, destrozó el cráneo, y posteriormente el cerebro del jugador, tanto los medios de comunicación como la gente se preguntaron cómo aquello había sido posible.

Y nada es imposible en el terreno de la fe.

FIN

HISTORIAS DE TAMMERLANE ES © 1998 – 2006 FEDERICO TARÁNTOLA

federicotarantola@yahoo.com.ar

aceitedecastor@yahoo.com.ar

www.tammerlane.com.ar